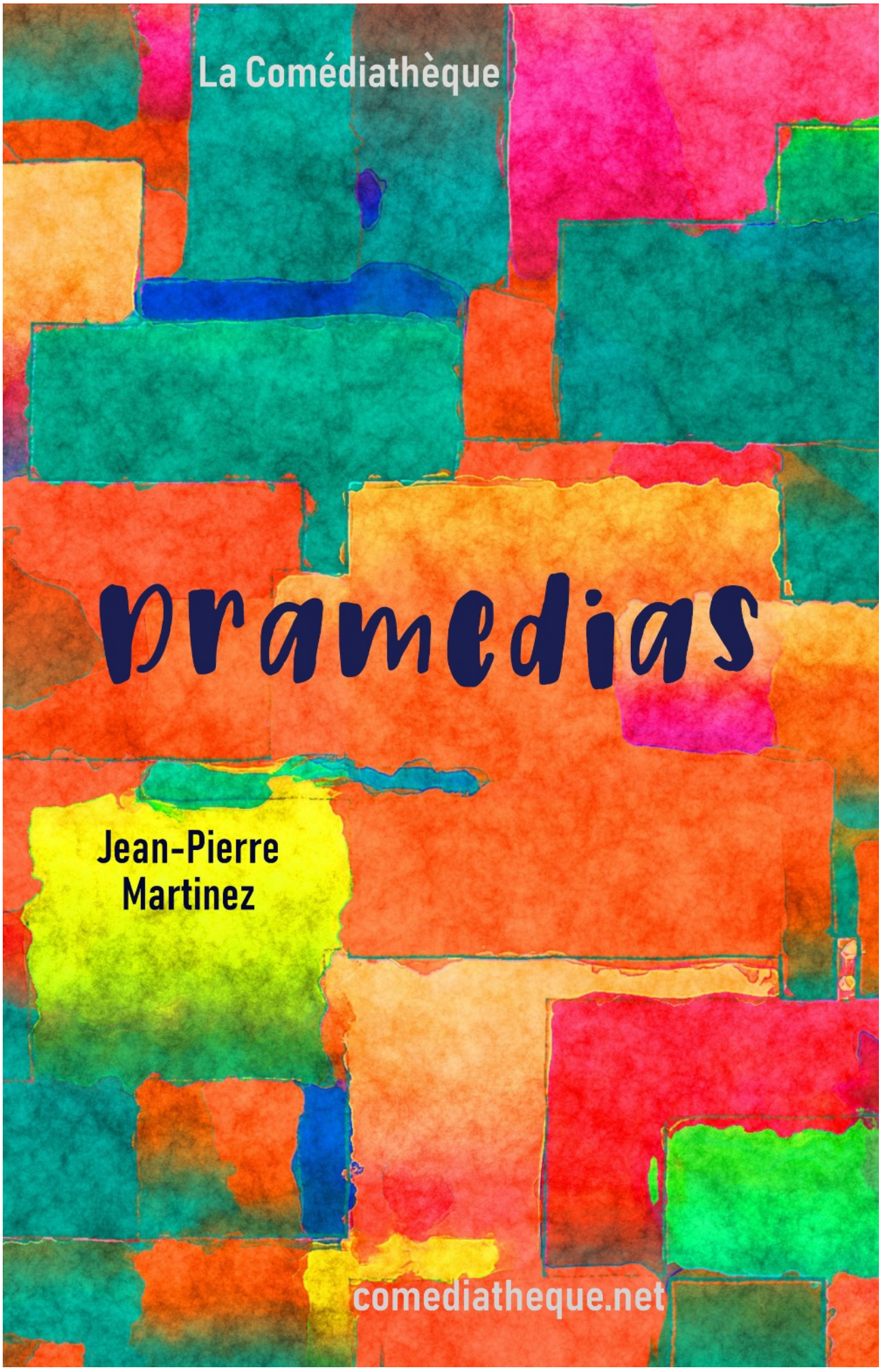

La Comédiathèque
Pramedias
Jean-Pierre
Martinez
comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Dramedias

Comedia de sketches

Jean-Pierre Martinez

Si el mundo es un teatro, muchas veces la obra es un bodrio. Su autor permanece en el anonimato y los personajes secundarios son los primeros en caer en el olvido. Entre el absurdo y la comedia de enredo, se representa la tragicomedia de la vida. Lo importante es no equivocarse de salida...

Seis sketches de humor amargo sobre los pequeños melodramas de nuestras vidas cotidianas.

1. Fatal cómico....3
2. No es un drama....10
3. A puerta cerrada....15
4. Autor anónimo....24
5. Cambio de decorado....27
6. Escena del crimen....31

Reparto
15 personajes
Reparto flexible en número y género: cada intérprete puede asumir varios papeles, y la mayoría de los personajes admiten intérpretes de cualquier género.
De 4 a 15 intérpretes.

© La Comédiathèque

1. Fatal cómico

Sobre una mesa baja hay una cafetera, dos tazas y un periódico. Pedro entra en bata, se sirve un café y se pone a leer el periódico. Entra María, su mujer.

María – ¿Qué tal?

Pedro – Bien.

María se sirve un café y observa a Pedro.

María – Te veo preocupado... ¿Pasa algo?

Pedro – No... Bueno... Sigo sin encontrar una idea para mi próxima obra.

María – No te preocupes, ya saldrá algo... Siempre acaba saliendo, ¿no?

Pedro – Hasta ahora, sí...

María – ¿No hay alguna noticia en el periódico que te sirva de inspiración?

Él deja el periódico.

Pedro – Las noticias son cada día más deprimentes... Creo que voy a dejar de leer la prensa. Ya he dejado de ver la tele y de escuchar la radio...

María – Es verdad que no hay muchas alegrías. Pero, por otra parte... Precisamente por eso siempre harán falta autores como tú.

Pedro – ¿Ah, sí? ¿Y qué clase de autor soy yo?

María – Ya sabes... De los que nos hacen reír. ¡Un cómico!

Pedro – ¿Un cómico? ¿Así me ves? ¿Como un simple cómico?

María – Alguien tendrá que escribir buenas comedias. Para que olvidemos los problemas... Para pasarlo bien sin pensar en nada...

Pedro – ¿Sin pensar en nada?

María – Perdona... Quería decir... pensando en otra cosa.

Pedro – Ya veo... Para ti no soy más que un entretenedor. Alguien que distrae al público para que no piense en los verdaderos problemas de la sociedad...

María – ¡El público, la sociedad! Enseguida te pones trascendente... No hay nada malo en divertir a la gente, ¿no?

Pedro – No sé... También se puede querer otra cosa...

María – ¿Como qué?

Pedro – Ser útil...

María – Hacer que la gente se olvide un rato de sus penas y vuelva a sonreír me parece de lo más útil. Y no todo el mundo sabe hacerlo.

Pedro – Ya...

María – ¿Qué?

Pedro – Ya he escrito casi un centenar de comedias.

María – Y todas han tenido mucho éxito.

Pedro – Sí, pero empiezo a quedarme sin ideas. Me pregunto si ya no he agotado el género.

María – ¿Quieres dejar de escribir?

Pedro – Tampoco estoy seguro de ser capaz... No, estaba pensando que...

María – ¿Si qué?

Pedro – ¿Y si intentara otro género?

María – ¿Una novela? Llevo años diciéndote que lo intentes. También hay novelas muy divertidas...

Pedro – Por desgracia, no soy novelista. El teatro es lo único que sé hacer.

María – Bueno, entonces solo te queda encontrar un buen tema para una comedia.

Pedro – ¿Y si escribiese... otro tipo de teatro?

María – ¿Otro tipo de obra?

Pedro – Algo que no tenga por qué hacer reír.

María – ¿Una comedia sin gracia?

Pedro – ¡No! ¡Precisamente una comedia, no!

María – ¿Quieres decir... una comedia dramática?

Pedro – ¡Que no sea una comedia, de ninguna clase!

María – ¿Quieres escribir un drama?

Pedro – Un drama, una tragedia... Llámalo como quieras.

María – Vale...

Pedro – ¿Qué?

María – No sé... *(Silencio.)* ¿Seguro que estás bien?

Pedro – Se me han acabado las ideas para comedias. Quiero escribir otra cosa. ¡Tampoco es un drama!

María – Vale... *(Una pausa.)* ¿Te pongo más café?

Pedro – No, gracias.

María – Bueno, te dejo pensar... en tu nueva obra.

Ella sale. Él suspira y vuelve a abrir el periódico. Suena el teléfono. Él contesta.

Pedro – ¿Sí? Ah, hola... No, no, precisamente iba a llamarte... Mira, todavía no lo sé... Estoy sin ideas. Sí, ya sé que siempre he dicho que la inspiración no existe. Pero la inspiración es como Dios: dices que no existe hasta que la necesitas de verdad... ¿Y tú qué tal? Vaya... Ya veo... De acuerdo... Oye, tengo que dejarte... ¿Nos llamamos e intentamos quedar a comer la semana que viene? Perfecto. Un abrazo.

María vuelve, algo incómoda.

María – Tengo que hacer unas compras, no tardo. ¿Todo bien?

Pedro – Pues... sí. Desde hace cinco minutos no ha cambiado gran cosa, pero sigo estando bien.

María – Bueno, entonces me voy.

Pedro – Muy bien. Hasta luego.

Ella sale. Él vuelve a abrir el periódico, pero apenas ha empezado a leer cuando suena el timbre. Sale a abrir y regresa acompañado de una mujer.

Alex – Espero no molestarte.

Pedro – No, no, para nada, estaba... ¿Quieres un café?

Alex – Gracias, no hace falta.

Pedro – Qué detalle pasarte así, sin avisar.

Alex – Es lo que pasa cuando vives en el mismo edificio que tu agente: cualquier día se te planta en casa sin avisar...

Pedro – Voy a tener que mudarme...

Sonríen. Después se hace un silencio incómodo.

Alex – ¿En qué estás trabajando ahora?

Pedro – Nada... Estaba hablando por teléfono con... ¿Cómo se llama? Ya sabes, esa actriz que actuaba en... Ahora es editora.

Alex – ¿Editora?

Pedro – Ya sabes cómo va esto. La vida es cruel con las actrices. Sobre todo con las que siempre hacen de jovencitas. En cuanto pasan de los treinta...

Alex – ¿Buscas otro editor?

Pedro – No especialmente... Ha sido ella quien me ha llamado, solo para saber qué tal estoy. Empiezo a preocuparme. Hoy todo el mundo me pregunta si estoy bien...

Alex – ¿Y... estás bien?

Pedro – Estoy estupendamente, gracias... Es increíble...

Alex – ¿Qué?

Pedro – Me he despedido diciendo: «Ya nos llamamos y quedamos a comer». Me ha salido sin pensar, por costumbre. Podríamos haber comido juntos hoy mismo.

Alex – Qué le vamos a hacer... Esto es París. Todo el mundo anda ocupadísimo...

Pedro – O no tenemos nada que hacer y fingimos lo contrario...

Alex – Sí...

Pedro – Tú misma, por ejemplo. ¿Hoy tienes mucho trabajo? *(Silencio.)* Está claro que no, si no, no estarías aquí. Imagínate que aceptas ir a comer así, de improviso... Al día siguiente todo París sabría que no tienes nada que hacer, que nadie quiere trabajar contigo, que estás en el paro o, peor aún, en una lista negra. Dejarían de llamarte y acabarías siendo una auténtica apestada.

Alex – Ya... *(Silencio.)* Y ella, por cierto, ¿qué tal?

Pedro – ¿Quién?

Alex – ¡Tu editora!

Pedro – Ni idea... Tienes razón, a lo mejor es ella la que está pasando un mal momento. Me ha llamado porque necesitaba hablar con alguien y yo casi le cuelgo... Debería haberle propuesto comer hoy. ¿Y tú qué tal?

Alex – Sí, estoy bien...

Pedro – ¿Estás segura de que no quieres café?

Alex – Segura... *(Silencio.)* ¿Estás escribiendo algo últimamente?

Pedro – La verdad es que no. Creo que he llegado al final de una etapa. Tendría que cambiar de estilo.

Alex – Ya, me lo ha dicho María. Me la he cruzado en la escalera.

Pedro – No me digas que por eso viniste a verme.

Alex – Así que quieres escribir un drama.

Pedro – Sí, bueno... ¿Por qué no?

Alex – ¿Es una broma?

Pedro – ¿Lo ves, Alex? Ese es mi problema. En cuanto digo que quiero escribir algo que no sea una comedia, todos creen que estoy de broma.

Alex – Digamos que... no es precisamente lo que tu público espera de ti.

Pedro – ¿Y?

Alex – Podría sorprender a tu público. O incluso decepcionarlo...

Pedro – ¿Decepcionarlo? ¡Si todavía no he escrito ni una línea y ya me dices que será decepcionante! Gracias por los ánimos. Ahora entiendo por qué tengo agente.

Alex – Y... ¿tienes algún tema ya?

Pedro – No... Solo es una idea...

Alex – Bueno, entonces solo es una idea.

Pedro – Eso es...

Alex – Perdona, quizás me apresuré un poco.

Pedro – No sé... Había pensado en escribir sobre esos migrantes que llegan a nuestras costas. Los que no mueren ahogados durante la travesía, claro...

Alex – ¿Una comedia? *(Pedro la mira, desolado.)* Perdona, no sé por qué he dicho eso... O sea, que vas en serio. ¿Quieres escribir algo...?

Pedro – Ya no tenemos veinte años. Ni tú ni yo. A lo mejor ha llegado la hora de preguntarnos qué pasa en el mundo que nos rodea, ¿no?

Alex – ¿El mundo que nos rodea?

Pedro – Imagínate que, al morir, nos reencarnamos. Así, al azar. La mayoría de los habitantes del planeta lleva una vida de mierda, si es que a eso se le puede llamar vivir. Salvo una minoría privilegiada —y los más afortunados, en paraísos fiscales—, la Tierra es un infierno.

Alex – ¿Y entonces?

Pedro – ¿Cómo que «y qué»? Estadísticamente, reencarnarse es comprar un billete de ida al infierno. Si no cambiamos el mundo mientras vivimos, lo más probable es que nos toque sufrirlo en la próxima vida.

Alex se queda de piedra.

Alex – Vale...

Pedro – Te dejo reflexionar sobre eso. Voy a vestirme...

Sale. María regresa.

María – ¿Y bien?

Alex – Está fatal.

María – Te lo dije.

Alex – Está delirando. Habla de la muerte, del cielo, del infierno...

María – ¿En serio?

Alex – Quiere escribir una obra sobre los exiliados.

María – ¿Los exiliados fiscales?

Alex – ¡Los exiliados económicos!

María – ¿Los jubilados que se van a vivir a Portugal o Marruecos porque allí todo es más barato?

Alex – ¡Los migrantes! ¡Los que cruzan el Mediterráneo! ¡Los refugiados de Calais!

María – No puede ser... ¿Te lo ha dicho?

Alex – Traté de hablar con él, pero no quiere saber nada.

María – ¿Dónde está?

Alex – Se ha ido a vestir.

María – No entiendo nada. Hasta esta mañana estaba completamente normal. Bueno... como siempre, quiero decir.

Alex – Quizás solo sea temporal. Puede que esté algo deprimido. Pero no debemos tomarlo a la ligera.

María – Ya... Me cuesta decirlo, pero creo que podría tener tendencias suicidas.

Alex – Quizás deberíamos sugerirle que vea a un médico.

María – ¿Un psiquiatra, quieres decir?

Alex – No lo sé.

María – A veces basta con unas vitaminas... ¿Y si consultara a un homeópata?

Pedro regresa.

Pedro – Ah, ¿has vuelto?

Alex – Voy a dejaros.

Pedro – No, no te estoy echando.

Alex – Me iba ya. Tengo... tengo un día de locos. Nos llamamos y quedamos a comer, ¿vale?

Sale. María mira a Pedro con un aire incómodo.

María – Solo le he dicho que estabas en casa y que podía subir a tomar un café...

Pedro – No quiso.

María – ¿Qué?

Pedro – El café. Le he ofrecido uno y ha dicho que no.

Silencio.

María – Pero ¿qué estás buscando en realidad, Pedro?

Pedro – No lo sé...

María – ¿No estamos bien juntos?

Pedro – Claro que sí, no es eso.

María – ¿Tienes una amante, es eso?

Pedro – ¡No, para nada!

María – Tenemos la vida que queríamos, ¿no? Haces el trabajo que te gusta. No tienes jefe. Ganas bien.

Pedro – Lo sé.

María – ¿Entonces qué pasa?

Pedro – Todo esto ya no tiene sentido para mí. Necesito... intentar otra cosa.

María – ¿Pero por qué?

Pedro – No lo sé... Para que, cuando me entierren, la gente no se limite a decir: «Era un cómico»...

Silencio.

María – ¿Quieres que nos mudemos?

Pedro – En otro lugar sería lo mismo.

María – No vas a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

Pedro – ¿Una tontería? ¿Como qué?

María intenta ocultar su nerviosismo.

María – Te dejo trabajar...

Ella sale. Él se queda un momento desconcertado. Coge un cuaderno y un lápiz e intenta escribir, pero la inspiración no aparece. Descuelga el teléfono y marca un número.

Pedro – Sí, perdona, soy yo otra vez... Oye, al final puedo esta noche. ¿Te vendría bien venir a cenar a casa? Quería hablarte de un proyecto nuevo... Claro, trae a tu marido. ¿A las ocho? Perfecto. Hasta esta noche.

Cuelga. Vuelve a coger el cuaderno y el lápiz y empieza a escribir con frenesí. Se detiene y se dirige al público.

Pedro – Ya lo veréis. Esta vez no os vais a reír.

Vuelve a escribir.

Oscuro.

2. No es un drama

Él está allí, visiblemente incómodo. Ella aparece, lista para salir.

Ella – Normalmente soy yo la que te hace esperar... ¿Todavía no estás listo?

Él – Sí, sí... Ya me pongo la chaqueta.

Ella – Tu chaqueta de cuero...

Él – La tenía antes de conocerte... Me la regaló mi abuela. No voy a tirarla ahora, ¿verdad? Quiero decir... Total, ya está muerta.

Ella – ¿Se ha muerto tu abuela?

Él – ¡Mi abuela no! ¡La vaca! La chaqueta es de piel de vaca...

Ella – Sí... De una vaca a la que desollaron en un matadero para que tú pudieras ponerte su piel.

Él – La próxima será de cuero vegetal, te lo prometo. Dicen que hacen unas imitaciones estupendas con piña o setas.

Se pone la chaqueta sin entusiasmo.

Ella – Entonces, ¿hoy es el gran día?

Él – Sí, parece que sí...

Ella – Por fin voy a conocer a tus padres. Estaba empezando a pensar que te avergonzabas de mí.

Él – ¡Qué cosas tienes! Si acaso, sería al revés...

Ella – ¿Lo contrario? ¿Por qué? ¿Te avergüenzas de tus padres?

Él – No, no, pero...

Ella – ¿Entonces de qué tienes miedo?

Él – De nada, te lo aseguro.

Ella – Más bien debería ser yo la que tuviera miedo. Me presentas a tus padres... Esto se vuelve oficial. Es casi un compromiso, ¿no?

Él – Sí...

Ella – ¡Disimula un poco la alegría!

Él – Escucha, tengo algo que decirte.

Ella – Me estás asustando...

Él – Es sobre mis padres, precisamente.

Ella – ¿Tus padres? ¿Qué pasa con tus padres?

Él – No es fácil de decir...

Ella – Venga, sea lo que sea, prefiero enterarme ahora. Así no haré tanto el ridículo...

Él – Digamos que la cena no va a ser exactamente como te imaginas. Mis padres son... ¿Cómo te lo explico?

Ella – Son sordos y se comunican en lengua de signos.

Él – No...

Ella – ¿Ciegos?

Él – Tampoco.

Ella – ¿Son de talla baja?

Él – Peor que eso... Bueno, para ti, en todo caso.

Ella – Ya lo entiendo. Votan a la derecha y no te has atrevido a decírmelo. Por eso no querías que los conociera.

Él – No, no es eso.

Ella – Claro, qué tonta soy. Me dijiste que tenían una librería. ¡Cómo van a vender libros y votar a la derecha!

Él – Tranquila, mis padres no votan en absoluto.

Ella – ¿Entonces qué?

Él – Es sobre... La comida... En fin, sobre la comida en general.

Ella – ¿La comida...?

Él – No te he contado toda la verdad.

Ella – Tus padres son judíos y comen kosher. ¿Y cuál es el problema? Se puede ser vegano y comer kosher, es mucho más fácil. Lo complicado de las normas kosher es la carne, ¿no?

Él – Sí... Bueno, no sé...

Ella – La fruta y la verdura son muy ecuménicas. Estoy convencida de que el veganismo acabaría con todas las guerras de religión. Al menos a la hora de comer, que ya sería un comienzo... Mientras se resuelve el conflicto de Oriente Próximo.

Él – Es un poco más complicado que eso...

Ella – ¿Qué? ¿El conflicto de Oriente Próximo?

Él – No, para mis padres.

Ella – Ya lo tengo. Son practicantes y les has hecho creer que su futura nuera es judía. Y ahora no sabes cómo contarles que sales con una chica que no lo es...

Él – Tranquila, nadie en la familia es judío.

Ella – ¿Y por qué iba a preocuparme? ¿Por quién me tomas?

Él – No, el problema es que...

Ella – Vamos, esto empieza a dar miedo.

Él – Mis padres no son realmente libreros.

Ella – ¿Cómo que no son realmente? Uno es librero o no lo es. ¿Cómo se puede no ser realmente librero?

Él – No son libreros en absoluto... y no son tan veganos como te dije.

Ella – ¿Cómo que no tan...?

Él – Comen verduras, claro, pero...

Ella – ¿Son vegetarianos, sin más? Bueno, tampoco es un drama. ¿Me crees tan fanática? ¿Por qué me dijiste entonces que eran veganos?

Él – Lo dije así... Sabía que era importante para ti.

Ella – ¡Voy a vivir contigo! Tú compartes mis valores, con eso me basta. La familia no se elige. Y la familia política, todavía menos...

Él – No sé cómo decírtelo...

Ella – Entonces, tus padres no son libreros. ¿Y qué? ¿A qué se dedican?

Él – Tienen la carnicería de la esquina...

Ella *(atónita)* – ¿La carnicería...?

Él – La que vende carne de caballo. Entre el zapatero y el estanco. ¿No sabes cuál es?

Ella – Esto es una broma, ¿no?

Él – No.

Ella – ¡Me dijiste que toda tu familia era vegana, excepto tu abuela! Y ahora resulta que voy a casarme con el hijo de un carnicero.

Él – ¡Yo no soy carnicero! Solo soy el hijo del carnicero...

Ella – ¿Y cuándo pensabas contármelo? ¿En el banquete de boda? ¿Entre el embutido de burro y el filete de caballo?

Él – ¡Pero no! Ya te lo estoy diciendo ahora...

Ella – Mis padres sí que son veganos. Y en eso no se bajan del burro.

Él – ¿Del burro?

Ella – Si a ti te hace gracia, a mí no. Y ahora, ¿qué hacemos?

Él – ¡Yo sí soy vegano de verdad! Bueno, me hice vegano cuando te conocí... Eso no cambia nada entre nosotros, ¿no?

Ella – Puede que a ti no te parezca importante, pero para mí lo es. Y mucho.

Él – ¿Estás enfadada?

Ella – Sí, voy a tener que pensármelo. *(Vacila.)* Pero ahora no. Nos han invitado, ¿no? Pues iremos. Yo no soy de las que se echan atrás. Ya hablaremos luego. ¿Vamos?

Él – El problema es que...

Ella – ¿Todavía hay otro problema?

Él – No me he atrevido a decirles que no comes carne.

Ella – No, dime que no es cierto...

Él – No sé si lo entenderían... Son mayores. A su edad no conviene darles disgustos. Podría darles algo. Mi padre está delicado del corazón...

Ella – Podrías habérselo explicado con tacto.

Él – Digamos que no encontré el momento adecuado...

Ella – Claro...

Él – Tú come las verduras y di que no tienes hambre. O que te encuentras mal...

Ella – ¿Sabes qué? El que está mal de la cabeza eres tú.

Ella se quita el abrigo.

Él – Así que no vienes...

Ella *(horrorizada)* – ¿Una carnicería de carne de caballo?

Él – ¿Así que vas a abandonar a un pobre hijo de carnicero recién convertido al veganismo? Sin ti, lo mismo recaigo y vuelvo a comer carne...

Ella – ¿Encima me tomas el pelo?

Él – No me mires así, que parece que vas a matarme.

Ella – Pues no te voy a negar que me están entrando ganas...

Él – ¡Tranquilízate, por favor! Recuerda que eres vegana... Y que para ti el sexto mandamiento debería ser el más sagrado de todos.

Ella – ¿El sexto...?

Él – ¡No matarás!

Ella – Te estrangulo y luego voy a confesarme.

Ella se acerca a él, amenazante.

Él – No hagas eso, te lo ruego.

Ella – No sé qué es lo que me detiene...

Él – ¿O sea que te lo has creído?

Ella – ¿Qué?

Él – ¡Pero si ya casi no quedan carnicerías de caballo! En la esquina, entre el estanco y la zapatería, hay una tienda de productos ecológicos. Si hicieras la compra más a menudo, lo sabrías...

Ella – ¿Tus padres no son carniceros?

Él – Mis padres son libreros, votan a la izquierda y son veganos. Como te he dicho siempre.

Ella – ¡Estás loco! ¿Por qué me contaste una historia así?

Él – Para saber hasta dónde llegaba tu amor... Y ahora ya lo sé. ¿Habrías rechazado casarte con el hijo de un carnicero?

Ella – No sé... Probablemente no. Pero seguro que habría acabado matándote.

Él – Habría acabado en tragedia, entonces. Los Capuleto, carniceros; los Montesco, veganos...

Ella – Pero al final no ha pasado de comedia de enredo.

Él – Uno no cambia...

Ella – No es un drama.

Él – Bueno, ¿vamos? Vamos a llegar tarde.

Ella – Vamos. No te habrás olvidado de la tarta de zanahoria...

Él – Tranquila, conejita, está en el coche.

Ella – Por cierto, ¿esto era una propuesta de matrimonio?

Él – Sí...

Ella – Sin duda, la más sorprendente que una mujer haya oído jamás.

Él – Soy dramaturgo, al fin y al cabo. Llevo una semana preparando esta escena. ¿Cuál es tu respuesta?

Ella – Creo que esperaré a conocer a tus padres antes de responder.

Salen juntos.

Oscuro.

3. A puerta cerrada

Una pareja. Cuatro sillas. Están sentados.

Ella – ¿Todo bien?

Él – Todo bien... ¿Y tú?

Ella – Bien... *(Una pausa.)* ¿Quieres tomar algo?

Él – ¿Qué?

Ella – ¿Un aperitivo? ¿Unos cacahuetes?

Él – No, gracias.

Una pausa.

Ella – Se está bien aquí, ¿verdad?

Él – ¿Aquí?

Ella – En esta casa.

Él – Sí... *(Una pausa.)* Pero esta no es nuestra casa.

Ella – Ah, ¿no?

Él – No.

Ella – Es verdad.

Él – ¿Es una casa o un piso?

Ella – Un piso, creo. No lo sé.

Una pausa.

Él – ¿Te acuerdas de dónde está nuestra casa?

Ella – ¿Nuestra casa?

Él – ¡Nuestra casa de verdad! ¡Donde vivimos!

Ella – No... ¿Y tú?

Él – Yo tampoco. Ya ni me acuerdo de cómo era.

Ella – Hemos cambiado tantas veces de casa...

Él – Es cierto. Nos mudamos mucho.

Ella – Sí. Cada vez más.

Él – Deberíamos intentar recordar.

Ella – ¿Recordar qué?

Él – Dónde vivimos.

Ella – Todas las casas se parecen un poco.

Él – Incluso cuando es un piso.

Ella – Hay habitaciones. Un comedor. Una cocina.

Él – En la cocina hay un frigorífico, unos fogones, una mesa, cajones...

Ella – En los cajones hay tenedores, cuchillos, cucharillas.

Él – En los dormitorios hay niños. A veces...

Ella – Cuando no hay, es porque ya se han ido. A otra casa.

Pausa.

Él – ¿Crees que volverán algún día?

Ella – ¿Los niños?

Él – ¡Los dueños!

Ella – Vete tú a saber... ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Él – No sé... Bastante tiempo, ¿no?

Ella – Sí.

Él – Siempre temo que suene el timbre y sean ellos.

Ella – ¿Los niños?

Él – ¡Los que viven aquí! Los verdaderos propietarios...

Ella – Ah, claro...

Él – ¿Tú no?

Ella – Sí. Además, me pregunto si funciona.

Él – ¿Qué?

Ella – ¡El timbre! Nunca lo hemos oído sonar.

Él – De todas formas, cuando los que viven aquí regresen, no van a llamar.

Ella – ¿Por qué no?

Él – ¡Es su casa! Tendrán la llave.

Ella – Claro.

Él – Cuando alguien llega a su casa no llama al timbre. No tiene por qué pensar que hay nadie dentro mientras está fuera.

Ella – Es verdad... ¿Nosotros tenemos la llave?

Él – No sé. ¿Tú tienes la llave?

Ella – No.

Él – Yo tampoco.

Ella – Entonces, ¿cómo entramos aquí?

Él – No me acuerdo.

Ella – Quizás nos abrieron la puerta.

Él – ¿Quién nos iba a abrir la puerta?

Ella – ¿Los propietarios?

Él – ¡Pero si estamos solos en este piso!

Ella – ¿Desde cuándo?

Él – No lo sé...

Pausa.

Ella – Será por eso por lo que nunca salimos. No podríamos volver a entrar.

Él – No. Porque no tenemos la llave.

Suena el timbre. Se miran, inquietos.

Ella – ¿Crees que son ellos?

Él – Dijimos que si fueran ellos, no llamarían.

Ella – Entonces, ¿quién será?

Él – Vete tú a saber...

Ella – ¿Qué hacemos?

Él – Habrá que abrir, ¿no?

Ella – ¿Tú crees?

Él – Han visto la luz. Saben que estamos aquí.

Ella – Pues ya está... Nos han pillado...

Él – Vamos a tener que mudarnos otra vez.

Ella – ¿Pero a dónde vamos a ir?

Él – Voy a hacer nuestra maleta.

Ella – ¿Tenemos una maleta?

Él – Todo el mundo tiene una maleta en casa, ¿no?

Ella – Voy a abrirles...

Él – ¿Qué les vas a decir?

Ella – No lo sé...

Él – Algo tendremos que decirles para explicar qué hacemos aquí. En su casa.

Ella – Quizás vuelvan de vacaciones.

Él – Voy a ver si tenemos una maleta.

Ella sale. Él también. Ella vuelve con otra pareja. Juan lleva una botella y Cristina un ramo de flores. Él reaparece con una maleta.

Ella – Os presento a Juan y Cristina.

Él – Ah, hola...

Juan – Hola. ¿Qué tal?

Él – Bien, ¿y vosotros?

Cristina – Genial. ¿Os vais de vacaciones?

Él – No. ¿Por qué?

Juan – Como tienes una maleta en la mano...

Él – Ah, no, es que... Iba a guardarla. Con las maletas pasa eso: nunca sabes dónde meterlas.

Ella – Y una maleta vacía ocupa tanto espacio como una llena.

Cristina – Sí, pero pesa menos.

Juan – Pues habrá que irse de vacaciones con las maletas vacías. Así viajaremos más ligeros.

Los cuatro se ríen, un poco forzadamente.

Cristina – Entonces, ¿qué tal?

Él – Bien.

Juan – Mirad, he traído champán para celebrarlo.

Él – ¿Celebrar qué?

Juan se ríe a carcajadas.

Juan – ¿Que qué celebramos? ¡Siempre tan ocurrente!

Cristina – ¡Qué gracia tiene! Yo he traído flores.

Ella – Ah, sí, eso también está bien.

Él – Voy a buscar unas flautas.

Ella – ¿Les vamos a tocar la flauta?

Juan – ¡Copas de flauta! ¡Para el champán!

Ella – ¡Ah, claro!

Ríen de nuevo.

Cristina – ¡Qué graciosa es!

Ella – Y yo voy a buscar un jarrón, para las flores.

Cristina – ¿Queréis que os ayudemos?

Él – ¡De ninguna manera!

Ella – ¡Pero sentaos, por favor!

Él – Poneos cómodos. Como si estuvierais en vuestra casa.

Ella – Ya conocéis la casa.

Ellos dos salen.

Juan *(sonriendo)* – Qué graciosos son...

Cristina – Sí...

Juan – No han cambiado. Siguen siendo tan...

Cristina – ¿Tú crees?

Juan – ¿Qué?

Cristina – Que no han cambiado.

Juan – Ahora que lo dices, es verdad que...

Cristina – No, pero no se parecen en nada a...

Juan – Sí, un poco sí...

Cristina – Ya...

Juan – Y ya sabes, la gente... Cambia...

Cristina – No tanto... No en una semana...

Juan – ¿Fue hace una semana?

Cristina – Fue la semana pasada. La última vez que los vimos.

Juan – Es verdad que han cambiado mucho.

Pausa.

Cristina – O a lo mejor no son ellos.

Juan – ¿No son ellos? Pero, ¿qué harían aquí? Si no es su casa...

Pausa.

Cristina – ¿Tú crees que podríamos habernos equivocado de puerta?

Juan – No lo creo... Además, parecen conocernos, ¿no? Y si nos conocen, será porque nosotros los conocemos.

Cristina – Sí, claro...

Él regresa.

Él – Lo siento, pero no encuentro las flautas.

Cristina – Ah, los hombres...

Juan – Solo tienes que preguntar a tu mujer.

Ella también regresa.

Él – Cariño, ¿sabes dónde están las flautas?

Ella – No... Quizás no haya...

Cristina – ¿Cómo que no tenéis flautas? Todo el mundo tiene copas de flauta para el champán, ¿no?

Juan – No pasa nada. Lo bebemos en vasos normales.

Cristina – ¿Tendréis copas de vino? *(No parecen muy convencidos.)* ¿O unos vasos corrientes?

Él – No he visto nada...

Ella – Tampoco he encontrado un jarrón.

Cristina – Algún vaso tendréis. En una cocina...

Ella – Es que tampoco he encontrado la cocina.

Momento incómodo.

Juan – Bueno... ¡A beber de la botella! Como los rusos.

Cristina – ¿Los rusos beben champán a morro?

Juan – Los cosacos, seguro. Sin bajarse siquiera del caballo. Abren la botella de un sablazo con...

Cristina – Con el sable.

Ella – Mientras tanto, sentaos, por favor.

Los cuatro se sientan. Sonrisas. Silencio incómodo.

Él – Y los niños, ¿qué tal? *(Juan y Cristina, que evidentemente no tienen hijos, se miran desconcertados.)* No, digo los niños en general. No necesariamente los vuestros. Si es que no tenéis...

Ella – O si ya no tenéis... Quiero decir... Puede que tuvierais hijos y se os hayan muerto.

Él – Tampoco hemos dicho que sea eso.

Se produce un gran malestar.

Ella – Voy a ver si encuentro unos cacahuetes...

Sale.

Él – En cualquier caso, qué bien que os hayáis pasado por aquí.

Cristina – Somos amigos, ¿no?

Él – Claro.

Juan y Cristina intercambian una mirada incómoda. Cristina le indica a Juan que pregunte.

Juan – A lo mejor te parece una tontería, pero... ¿vosotros vivís aquí de verdad?

Él – ¿Y por qué lo preguntas?

Cristina – Porque nuestros amigos, los que viven aquí, no se parecen en nada a vosotros.

Juan – Es que la última vez que vinimos tampoco se parecían en nada...

Ella regresa.

Ella – ¡Los he encontrado! ¡Los cacahuetes!

Cristina – ¿Has encontrado la cocina?

Ella – Y unos vasos también.

Juan – ¡Pues ya podemos brindar!

Cristina – ¡Vamos...!

Juan abre la botella y sirve el champán. Brindan.

Juan – ¡A vuestra salud!

Él – ¡Por la amistad!

Beben.

Ella – Tomad cacahuetes.

Comen cacahuetes.

Cristina – Nunca me he atrevido a preguntároslo, pero...

Él – ¿Sí...?

Cristina – ¿Dónde os conocisteis vosotros dos? *(Silencio incómodo.)* Perdonad la indiscreción. No sé qué me ha pasado...

Ella – No, no, en absoluto, es solo que...

Él – Ya no lo recordamos muy bien.

Cristina – ¿No lo recordáis?

Juan – ¿No recordáis dónde os conocisteis?

Pausa.

Ella – Yo diría que aquí, ¿no?

Cristina – ¿Aquí?

Ella – Un día nos dimos cuenta de que vivíamos en el mismo piso.

Él – Sí, es curioso... Creo que así fue como pasó.

Ella – Hace ya un tiempo, claro.

Él – Sí... Una semana, quizás.

Ella – Sí, eso es, hace una semana más o menos.

Cristina – Vaya... ¿Tanto tiempo?

Él – ¿Y vosotros?

Juan – ¿Nosotros?

Ella – ¿Os conocéis desde hace mucho?

Cristina – No, no mucho...

Juan – Diría que... Sí, no hace mucho.

Cristina – Nos conocimos en el portal del edificio, abajo.

Juan – Yo llevaba una botella de champán en la mano.

Cristina – Y yo un ramo de flores.

Juan – Pensamos que íbamos seguramente al mismo sitio.

Cristina – Como yo no tenía el código...

Juan – Yo tampoco. Fui llamando a varios pisos al azar y vosotros fuisteis los primeros en abrir.

Cristina – Como él parecía saber a dónde iba, le seguí.

Él – Ah, sí...

Ella – Sí, es... una bonita historia.

Él – Muy romántica.

Ella – Ya veréis, esto acaba en boda.

Juan y Cristina intercambian una mirada incómoda.

Juan – Entonces, si lo he entendido bien, aquí nadie se conoce de verdad.

Ella – Al parecer, no...

Cristina – Y nadie tiene nada que hacer en esta casa.

Él – Aparentemente, no...

Juan – Entonces... ¿de quién es esta casa?

Silencio.

Cristina – ¿Queréis un poco más de champán?

Ella – Gracias, pero ya es tarde. Será mejor que nos vayamos.

Él – Gracias por vuestra hospitalidad.

Juan – No hay de qué, por favor.

Él coge la maleta y se dirige a la salida con ella.

Cristina – ¿Os acompaño?

Ella – No os molestéis, conocemos el camino.

Juan – ¿Queréis que os ayude con la maleta?

Él – No, si no pesa nada... Está vacía.

Cristina – Bueno... ¡Hasta otra vez, entonces!

Juan – ¡Y gracias por la visita!

Salen. Juan y Cristina vuelven a sentarse. Silencio.

Cristina – ¿Qué tal?

Juan – Bien... ¿Y tú?

Cristina – Bien... *(Una pausa.)* ¿Quieres beber algo más?

Juan – No, gracias. Estoy bien.

Cristina – ¿Unos cacahuetes?

Juan coge un puñado de cacahuetes y se pone a masticarlos.

Cristina – Se está bien aquí, ¿verdad?

Juan – Sí... *(Una pausa.)* Pero esta no es nuestra casa.

Cristina – Es cierto.

Juan – ¿Es una casa o un piso?

Cristina – Un piso, creo.

Oscuro.

4. Autor anónimo

Ella está de pie en medio del escenario vacío, mirando a su alrededor. Él entra.

Él – ¡Ah, aquí estás! Te he estado buscando por todas partes...

Ella – Ya está. El último camión acaba de llevarse las últimas cajas.

Él – ¿Has mirado por todos lados? ¿No queda nada en la casa?

Ella – Nada. Salvo nuestros recuerdos...

Él pone una mano en su hombro.

Él – Venga... ¡Ya fabricaremos otros!

Ella – Claro... Pero tener proyectos nuevos no quita la nostalgia.

Él – ¿Te arrepientes?

Ella – No...

Él – ¿Te acuerdas de la primera vez que entramos a ver esta casa?

Ella – También estaba vacía.

Él – Y entre aquellos dos vacíos hemos vivido. Llenamos esta casa de muebles, de cuadros, de niños...

Ella – Y ella nos llenó a nosotros de alegría, de felicidad, de recuerdos.

Él – Nos los llevamos con nosotros.

Ella – Y dejamos este lugar casi tan limpio como lo encontramos al entrar.

Él – Yo diría que bastante más limpio.

Ella – ¿Quiénes serán los próximos? No sabemos nada de ellos.

Él – Y ellos no sabrán nada de nosotros.

Ella – Como nosotros no sabemos nada de los que estuvieron aquí antes de nosotros.

Él – Las personas pasan, las casas permanecen.

Ella – Hasta que las casas también se derrumban. O las demuelen. Para construir edificios en su lugar.

Él – También hay casas embrujadas por los malos recuerdos.

Ella – Sí... Todas las casas tienen una historia. Historias.

Él – Como la historia de un crimen, por ejemplo.

Ella – ¿Un crimen?

Él – No todos los crímenes se cometen en la calle. Muchos ocurren en casa, y a menudo en familia... Si salen en las noticias, la casa puede volverse invendible. Supongo que a veces tendrán que derribarla y construir otra nueva. Una casa sin pasado...

Ella – Gracias, me estás levantando el ánimo.

Él – Nunca se sabe... Quizás esta casa, antes de nosotros, no solo albergó momentos felices.

Ella – Desde luego, nosotros nunca encontramos un cadáver en un armario.

Él – A lo mejor, si hubiéramos excavado en el sótano...

Ella – Bueno... Entonces, prefiero que nos vayamos ahora.

Él – ¿Ves? Solo tenías que pedirlo...

Ella – Gracias... Qué haría yo sin ti en los momentos difíciles.

Se dirigen a la salida. Ella se agacha y recoge algo del suelo.

Él – ¿Qué es eso?

Ella – Un manuscrito, parece.

Él – ¿Un manuscrito?

Ella – Parece una obra de teatro.

Él – ¿Cómo sabes eso?

Ella hojea el manuscrito.

Ella – Porque hay gente hablando, por ejemplo. No es como una novela.

Él – Ya veo... Diálogos...

Ella – O tal vez sea el guion de una película.

Él – ¿Habla de un crimen?

Ella – No lo sé.

Él – Debió de quedarse atascado detrás de un radiador y caer al mover los muebles. El papel está completamente amarillento.

Ella – Pero todavía se puede leer, después de tantos años. ¿Te das cuenta?

Él – ¿Qué es? ¿Una comedia? ¿Un drama?

Ella – Habría que leerlo.

Él – ¿Quién pudo haber escrito esto?

Ella – Alguien que vivió aquí antes que nosotros, imagino.

Él – Es increíble... ¿Y si fuera una obra maestra?

Ella – O un bodrio.

Él – ¿Está firmado?

Ella – No... No veo el nombre del autor.

Él – Puede que sea inédito. Un manuscrito anónimo, ¿te imaginas? Podrías ponerle tu nombre y publicarlo... Como eres editora, lo tienes fácil.

Ella – Eso sería plagiarlo.

Él – Si el autor ha muerto y nadie sabe que lo escribió...

Ella – Empezaré por leerlo...

Él – Es raro, ¿no?

Ella – ¿Qué?

Él – Nos marchamos de esta casa llevándonos la historia de otra persona.

Ella – Espero que no sea un drama...

Él – Al menos, no hemos encontrado un cadáver.

Ella – Casi me dan ganas de ponerme a buscar...

Él – ¿De verdad?

Ella – Quizá el autor esté enterrado en el sótano...

Salen.

Oscuro.

5. Cambio de decorado

Un haz de linterna atraviesa la oscuridad. Luego aparece otro. La primera linterna ilumina el rostro de quien sostiene la segunda.

Él – ¡Ah, eres tú! ¡Qué susto me has dado!

Ella – Bueno, ¿qué?

Él – Ya está todo en el camión.

Ella – ¿Salió todo bien?

Él – Lo de siempre.

Ella dirige la linterna hacia el público.

Ella – Así que, no había nadie...

Él – Con el escándalo que ha montado el perro cuando entré... Si hubiera alguien dentro, ya se habría despertado.

Ella – O estaría muerto.

Él – No seas gafe. Imagínate: entras de noche en una casa para robar y te encuentras un cadáver...

Ella – Con la racha que llevo, no me extrañaría nada.

Él – Sí... Lo vi en una película una vez. No recuerdo cómo se llamaba...

Ella – Ya me lo contarás. Y el perro, ¿qué tal?

Él – Gracias por preocuparte por si me ha mordido...

Ella – ¿Te ha mordido?

Él – Me ha destrozado los pantalones. He tenido que dejarlo fuera de combate...

Ella – Si no hay nadie, ¿podemos encender la luz, no?

Él – Enciéndela. Todas las casas de alrededor están vacías. Son segundas residencias. Y otras ya las han abandonado.

Ella – Por los robos, seguramente.

Él – Como sigamos así, aquí no va a quedar más que casas vacías para entrar a robar.

Ella enciende la luz. Él lleva la ropa hecha jirones.

Ella – Vaya, te ha dejado hecho un cuadro. Pobrecillo... ¿No le habrás hecho mucho daño?

Él – ¿Por qué? ¿Vas a denunciarme a la protectora de animales?

Miran a su alrededor.

Ella – Sí que has hecho limpieza, sí. No has dejado nada.

Él – Todo cabe en el camión.

Ella – ¿Cosas interesantes?

Él – Sobre todo muebles. Y figuritas. La mayoría de un gusto espantoso.

Ella – Ya veo...

Él – De nuevos ricos.

Ella – Mejor ser un nuevo rico que un nuevo pobre.

Él – Pero había una caja fuerte.

Ella – ¿En serio?

Él – Conseguí abrirla.

Ella – ¿Cuánto?

Él – Está todo en el camión. No he contado nada.

Ella – Ya lo veremos. No nos entretengamos. ¿Has mirado en las otras habitaciones?

Él – Las he vaciado todas. ¿Has venido con Manolo?

Ella – Me he quedado frita en el coche. Ni sé dónde estamos. *(Vuelve a mirar alrededor.)* Qué increíble lo que se parecen las casas cuando están vacías.

Él – Sí...

Ella – ¿Estás seguro de que es la casa correcta?

Él – ¿No has visto la cruz en la fachada? Manolo estuvo por aquí la semana pasada haciendo el reconocimiento.

Ella – Sí, la cruz que significa que hay objetos de valor, que no hay alarma y que se entra fácilmente...

Él – No se equivocó. Salvo con el perro. Debía de estar durmiendo cuando vino.

Ella – Es extraño. Esta casa me resulta vagamente familiar...

Él – Gente que conoces, tal vez...

Ella – Tal vez...

Ella recoge algo del suelo.

Él – ¿Qué es eso?

Ella – Una factura de la luz.

Él – Se habrá caído de algún cajón.

Ella – ¡Está a mi nombre!

Él – ¿No...?

Ella – Ya me lo parecía...

Él – ¿Quieres decir que...?

Ella – ¡Pero si estamos en mi casa! ¡No me lo puedo creer! ¡Habéis robado en mi propia casa!

Él – ¿Y cómo iba a saberlo? Había una cruz en la pared. ¿No le dijiste a Manolo dónde vivías?

Ella – No... ¿Y tú?

Él – Ni se me pasó por la cabeza...

Ella – ¡Joder! ¡Una posibilidad entre mil y nos ha tocado!

Silencio.

Él – Bueno... Por lo menos, ahora la mudanza será más rápida...

Ella – Yo no pensaba mudarme.

Él – Entonces, ¿qué hacemos?

Ella – ¿Y qué vamos a hacer? Devolverlo todo a su sitio. Sí, los muebles y esas figuritas de gusto espantoso... Muy de nuevos ricos.

Él – OK...

Ella – Y me devuelves mi dinero, que a lo mejor me da para otra caja fuerte. Ahora que me has reventado la mía...

Él – Tampoco has perdido mucho. Era una birria. La abrí en cinco minutos.

Ella – No me lo puedo creer... Espero que al menos el perro esté bien.

Él – ¿Todavía te preocupas por ese maldito chucho?

Ella – ¡Es mío! ¡Es mi perro al que has dejado inconsciente!

Él – Ah, sí, es verdad, perdona... Bueno, estará bien.

Ella – Lo he visto tumbado delante de la caseta al pasar. Me extrañó que no ladrara cuando me vio.

Él – Reconoció a su dueña, claro.

Ella – Sí... Y yo ni siquiera he reconocido mi propia casa.

Él – Luego dirán que los animales son menos inteligentes que nosotros.

Ella – Venga, manos a la obra. Tenemos trabajo para rato.

Él – Si no, declaras el robo, y el seguro te lo reembolsa todo.

Ella – ¿Tú crees?

Él – Nos quitamos todos esos trastos de encima, si encontramos a quién vendérselos, y aprovechas para cambiar la decoración...

Ella – Y le ahorramos un cambio de decorado al director de escena.

Él – ¿Salimos por el patio o por el jardín?

Salen.

Oscuro.

6. Escena del crimen

Entra Ramírez, inspector de policía, seguido de su ayudante Sánchez. Observan el lugar.

Ramírez – ¿No ha tocado nada?

Sánchez – No... ¿Qué iba a tocar?

Ramírez – La verdad es que nunca había visto una escena del crimen tan... desesperadamente vacía.

Sánchez – Sí...

Ramírez – Va a ser difícil encontrar pistas.

Sánchez – No se me ocurre qué podríamos mandar al laboratorio... aparte del aire que respiramos.

Ramírez – Pues no es mala idea...

Sánchez – ¿Quiere que mande una muestra de aire al laboratorio?

Ramírez – No hay arma del crimen a la vista... Podría tratarse de una intoxicación por gas.

Sánchez – Eso solo lo sabremos con la autopsia...

Ramírez vuelve a mirar a su alrededor.

Ramírez – Una autopsia, muy bien, pero... ¿dónde están los cadáveres?

Sánchez también mira a su alrededor.

Sánchez – Parece que tampoco hay cadáveres.

Ramírez – ¿Cómo que no hay cadáveres? ¡Sin cadáveres no hay crimen! Y sin crimen, no hay escena del crimen.

Sánchez – Alguna víctima tiene que haber. Si no, no estaríamos aquí.

Ramírez – ¿Víctimas pero sin cadáveres?

Sánchez – Yo no veo ninguno...

Ramírez – El autor de este crimen ha hecho desaparecer los cuerpos. ¿Pero cómo?

Sánchez – Supongo que estamos aquí para averiguarlo...

Vuelven a mirar a su alrededor y luego al suelo.

Ramírez – No veo nada.

Sánchez – Un momento, creo que he encontrado algo.

Ramírez – ¿Qué es?

Sánchez – Un libro.

Ramírez – ¿Un libro?

Sánchez *(hojeándolo)* – Una obra de teatro.

Ramírez – ¿Y cómo sabe que es una obra de teatro?

Sánchez – Lo ha publicado La Comédiathèque.

Ramírez – ¿Cree que servirá para la investigación?

Sánchez – Quién sabe... *(Sigue leyendo.)* Qué extraño... Los personajes tienen nuestros mismos nombres...

Ramírez – ¿Cómo dice?

Sánchez – El inspector Ramírez y su ayudante Sánchez...

Ramírez – A ver... *(Coge el libro y lee varias páginas.)* Y las descripciones coinciden exactamente con las víctimas cuya desaparición estamos investigando.

Sánchez – Entonces... Si esta hipótesis fuera cierta... ¿seríamos personajes de teatro?

Ramírez – Peor aún: estaríamos muertos.

Sánchez – ¿Y nos habrían encargado investigar nuestra propia desaparición?

Ramírez – Es el caso más extraño de toda mi carrera.

Sánchez – ¿Y esto qué es? ¿Una comedia? ¿Un drama?

Ramírez – Ya sabe que yo de teatro...

Sánchez – ¿Cómo se titula?

Ramírez – «No es un drama».

Sánchez – No, no digo que lo sea. Le pregunto el título de la obra.

Ramírez – «No es un drama». Ese es el título.

Se miran, desconcertados.

Sánchez – Pero ¿cómo van a morirse unos personajes de teatro, si ni siquiera existen de verdad?

Ramírez – Desde luego, todo esto es muy raro.

Sánchez – Y encima, morir en escena...

Ramírez – ¿Está insinuando que estamos en un escenario?

Sánchez se vuelve hacia el público.

Sánchez – Mire a toda esa gente, ahí, a oscuras... Parece que han venido a vernos.

Ramírez – ¡Joder, es verdad! ¿Quiénes serán? ¿Testigos?

Sánchez – A lo mejor han venido a presenciar la reconstrucción de los hechos.

Ramírez – No me diga que encima han pagado la entrada.

Sánchez – Pregúnteles.

Ramírez – ¿Cree que podemos hablar con ellos?

Sánchez – No lo sé...

Ramírez – Podría ayudarnos con el caso...

Sánchez – A lo mejor han visto algo...

Ramírez se acerca a un espectador.

Ramírez – Usted, ¿ha pagado la entrada?

Breve improvisación en función de la respuesta del espectador, o de su silencio.

Sánchez – Y, por casualidad, ¿ha visto algo?

Ramírez – Pues tendremos que apañárnoslas solos, como siempre.

Sánchez – Sí, porque parece que nuestros personajes no han dejado mucha huella...

Ramírez – Es el destino de casi todos los mortales. Pasar por el mundo sin dejar recuerdo.

Sánchez – Pero nosotros... ¡Somos personajes de teatro!

Ramírez – Cierto. Uno pensaría que eso nos daría cierta fama...

Sánchez – Igual es que la obra era un bodrio. Cuando es una obra maestra, la gente recuerda a los personajes, ¿no?

Ramírez – Sobre todo a los protagonistas. Algunos personajes llegan a ser más famosos que sus propios autores.

Sánchez – Piense en Sherlock Holmes. Todo el mundo sabe quién es. Pero ¿quién recuerda el nombre de su autor?

Ramírez – Elemental, querido Watson. Conan Doyle.

Sánchez – Por desgracia, usted no es Sherlock Holmes.

Ramírez – Ni usted el doctor Watson.

Sánchez – Si lo fuéramos, ya habríamos resuelto el misterio.

Ramírez – Qué le vamos a hacer. No somos más que personajes secundarios.

Sánchez – De esos que todo el mundo olvida en cuanto cae el telón... ¿Quién dijo que la vida es sueño?

Ramírez – La vida... Al principio parece larguísima. Empieza uno a recitar su papel en el primer acto...

Sánchez – Y todavía no sabe que la obra ya estaba escrita.

Ramírez – Luego, poco a poco, recuerda las palabras mientras las pronuncia.

Sánchez – Hasta que llega a recordarlas antes de decirlas.

Ramírez – Y cuando se acerca el final... solo espera no equivocarse de salida.

Sánchez – Aquí huele un poco a cerrado, ¿no?

Ramírez – Es el olor del teatro.

Sánchez – La buena noticia es que ya hemos encontrado los cuerpos.

Ramírez – Sí... Y me parece que empiezan a oler.

Sánchez – El olor a personajes en descomposición... Los de todas esas obras infumables que no aguantaron ni dos días en cartel.

Sánchez – Las obras que, como suele decirse, no encontraron a su público...

Ramírez – La nuestra debía de estar un poco pasada de moda... Tome una muestra del aire. La mandaremos al laboratorio, a ver qué sale.

Sánchez saca un frasquito del bolsillo, lo destapa, espera un instante y vuelve a cerrarlo. Después se lo guarda.

Sánchez – Y ya está. Se acabó la función.

Ramírez – Ha llegado la hora de abandonar la escena. Para siempre. Esta ha sido nuestra última función...

Sánchez – Solo tenemos que salir por allí.

Ramírez – Y pensar que toda esta pobre gente ha pagado su entrada...

Sánchez – No es un drama.

Ramírez – Tendríamos que haberla titulado «Autopsia de un fiasco».

Sánchez – A mí me habría gustado salir en una obra maestra... Para pasar a la posteridad.

Ramírez – Quizá en la próxima vida...

Salen. Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Octubre de 2024

ISBN 978-2-38602-276-0

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.